

# El Eco de Cartagena.

XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7108

## Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 4 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 id. Suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Depósito en Paris para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-Louis.

Números sueltos 15 céntimos.  
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 18 DE JULIO 1885

## Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, recibidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.  
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

## ECOS DE MADRID.

17 de Julio de 1885

La modificación ministerial, una vez más, y un proyecto de Imperio: así los acontecimientos más cul- tivos de la semana, á pesar de lo que han pasado poco menos que percibidos.

La una revista política darían el primero y el último; no han de tener influencia en la vida pública y hasta en la vida íntima; pero hoy preocupa más el individuo que la sociedad y se pueden dar cambios de ministros, cam- bio de forma de gobierno, todo mé- cambio de la vida por la muerte que eso sí; ésto es un valle de lágrimas, el mundo es horrible; los hombres, las mujeres y los niños, vivimos un continuo dolor, ni hay amistad ni amor, ni nada; pero á pesar de todo conservar el pellejo es la primera, no decir la única ocupación y ocupación del individuo cuando falta la idea de que puede per-

es, que estos días eran frecuen- tes los diálogos de este jaez: —¿Sabe V. que al fin... se ha desarrollado? —Era de presumir. —¿Cuántos, cuántos...? —Nada más.

—¡Ah! y á eso le llama V. desarrollo... mientras no lleguen á ser...

—¿V. en su juicio? —Mientras los casos no sean fulmi-

—¿Pero... de que habla V.? —Del cólera.

—Yo hablaba de los ministros. —Hay tantos puntos de con-

—¿Es que fuera de los círculos políticos que es lo único que acoge el zurcido ministerial, ni la política y sorprendente idea de convertir en un Imperio á España, que apenas se llama Pedro,

—¿Producido sensación? —Ha repetido lo de los perros y collares, y alguno que otro chusca recordado que ya tenemos las imperiales, las imperiales de Omnibus, el café Imperial y sobre muchas mujeres de esas que en un imperio!

—¿Acto continuo se han fijado los...

tiene de tal, si no por la cola que podía traer.

En Murcia, en Aranjuez, en Valencia, aumentaban los casos con la tormenta... Una de tres horas, como la que nos atemorizó el lunes, causando estragos de consideración en muchos pueblos próximos, debía alarmar á los aprensivos.

Es tal la confusión en que nos han metido las opiniones de los diversos sábios, que algunos de los que la han escuchado con atención y conservado en la memoria con interés se han vuelto locos.

—El calor es funesto!

—No por cierto, el frío es lo terrible!

—Las epidemias hacen estragos en verano.

—Y sin embargo, solo el calor destruye á los microbios. Ya saben ustedes: agua hervida para beber, legumbres cocidas, agua caliente para lavarse.

—Eso es, un achicharramiento continuo.

Pero en fin, pasó la tempestad y no aumentaron los casos en Madrid, y afortunadamente disminuyen en las poblaciones castigadas por la enfermedad.

—Ya me lo dirán ustedes en el otoño añaden los pesimistas.

Es de esperar y sobre todo de desear que se equivoquen; porque bastantes ca amidades de otros géneros nos agovian y por muchos que sean nuestros pecados, la verdad es que los pagamos caros.

Como no hacemos más que ejecutar variaciones sobre el mismo tema, cuando abandonamos el asunto principal nos preocupan los accesorios.

El Dr. Ferrán y las vacunaciones siguen siendo objeto de los comentarios más contradictorios.

La duda convierte en interesantes y hasta dramáticas las más vulgares situaciones.

—Me vacunaré ó no?

He aquí la pregunta que se hacen todos los días multitud de españoles.

El procedimiento tiene sus partidarios y sus detractores, todos apasionados.

Hay quien elevaría no ya una estatua sino un templo al doctor tortosino; y hay quien pretende que no es más ni menos que un charlatan que sabe aprovecharse de la ocasión para hacer su fortuna.

—Lleva dinero por vacunar!

—Que me cuenta V.

—Si señor, y no poco, cincuenta reales por persona.

—Entonces se habrá hecho rico.

—Millonario!

—Por eso tiene tantos admiradores!

—Así cualquiera vacuna.

—Como si el virus le costase dinero.

—Digo... y cincuenta reales por un simple pinchazo.

—Lo ménos puede vacunar diez por hora.

—Con ayudantes más... ponga V. sesenta, uno por minuto.

—A cincuenta reales la pieza.

—Tres mil reales por hora.

—Aunque solo trabaje diez al día.

—Treinta mill.

—Y al mes...

—Novecientos mil reales.

—Una mina, señores, una mina.

—Es verdad que vacuna gratis á los pobres...

—Bien, pero no...

—Que V....

—Una bicoca.

—Y que tiene auxiliares.

—Nada, nada, entre unas cosas y otras se gana cada mes treinta mil duros... á estas horas tiene en su activo ya lo ménos tres millones...

—Y los que colearán!

He aquí como se juzga al ya célebre médico en ciertos círculos. El vulgo acoge con fruición estas paparruchas y mientras él persigue su ideal y unos acuden á él llenos de fé, otros, en España y en el extranjero le cortan sayos por el procedimiento que acabo de contar.

¿Porque cobra dinero por su trabajo á los que pueden dárselo, y el remedio es poco ménos que una farsa?

¿Porque consiga realizar en breve tiempo una fortuna, no hade ser más que un charlatan?

Lo primero es saber si su idea ha sido inspirada por la caridad y la ciencia ó por la industria.

Los que le conocen aseguran que es desinteresado.

Después lo que importa saber es si su procedimiento es eficaz. Esto aseguran sus adeptos que no puede saberse hasta que pase el peligro y la estadística recoja los datos. Lo único que aseguran los doctores es que es inofensivo. Parece que también deberían aguardar á que hablase la estadística para dar mayor fundamento á su opinión.

Entre tanto como no nos obligan á vacunarnos, el problema es de fácil solución. Cree el lector en la vacuna? Pues acuda al Doctor ó á sus discípulos.

Le piden honorarios por este trabajo? Pues los paga ó renuncia á vacunarse. En último resultado, la ciencia como todo se vende y se compra, y no veo motivo para que se escandalice la gente de que un médico se haga rico en cuatro días, cuando hay tantos banqueros que se han transformado en millonarios por medio de operaciones que han llevado á muchas bolsas los microbios de la miseria.

En último resultado, los que gastan el dinero en billetes de la lotería nacional aspirando al premio gordo, bien pueden permitirse el lujo de pagar su vacunación, aunque solo la consideren como una lotería particular.

Y á propósito, el otro día he sabido de una manera positiva que Madrid gasta en tabaco semanalmente, cincuenta mil duros, más de ocho mil diarios. No es extraño que tengamos tantos humos.

De modo que en tabaco, en toros, en cafés y en otras distracciones gastamos un dineral; lo cual explica que nos cueste trabajo pagar al médico y al maestro de escuela.

Si hubiera sido un torero, el inventor de la vacuna contra el cólera á estas horas habríamos erigido estatuas hasta á sus parientes en cuarto grado.

Valor se necesita para publicar en estos tiempos un tomo de poesías y más aun para comprarlo. Y sin embargo estas dos clases de valor que raya en la abnegación se han manifestado en las librerías de Madrid y se repiten todos los días.

Un antiguo periodista, D. Francisco del Villar y Bustos, que ha sido gobernador y ha desempeñado importantes cargos en la Administración, ha sorprendido á sus amigos y al público con un libro que titula *Replones desiguales*. Parece esta colección de poesías por su frescura, su inspiración, su espontaneidad, su sentimiento y su gracejo no la obra de un joven, sino de muchos jóvenes poetas que hubieran podido fundir en un solo troquel sus distintas facultades. Así es que se coge el libro y como estan variado no se suel-